

Año 1999

AÑO 1999

Diciembre 8
Viernes
Hora: 17.00

En el Gran Hotel de la ciudad de Guatemala, capital de la República del mismo nombre en Centroamérica, doy principio a esta nueva sección de mi Diario.

Hace apenas media hora que el gigantesco Clipper hizo girar en sentido contrario sus poderosas turbinas parándose casi en seco sobre el gran aeródromo del sur llamado La Aurora, en donde abrió sus plateadas puertas a los 300 pasajeros que en él veníamos, haciéndome así ingresar por primera vez a esta tierra de Juan Chapín, como es llamada familiarmente, y cuya superficie es la misma que la del Estado de Ohio, aunque menos poblado que éste. Es también la patria de Gómez Carrillo y de Landívar, de Montúfar y de Irisarri.

Pude notar desde el aire que la ciudad, situada casi a 1.500 metros sobre el nivel del mar, se extiende en forma de huso del nordeste al sudoeste, en cuya área vive y pulula un cuarto de millón de personas bajo la sombra de sus bosques siempre verdes. Pero esta capital no siempre estuvo aquí. Primero fué fundada en la misma capital de los indios llamada Iximché, y que los mexicanos llamaban Tecpán Quauthemalán (de donde derivó el nombre para todo el país), por el conquistador y capitán Pedro de Alvarado con el nombre de Villa de Santiago de Goathemala el 25 de Julio de 1524 (día de Santiago el Apóstol). Poco después (1527) otro Alvarado, hermano del anterior, trasladó dicha capital al valle de Almolonga, hoy Ciudad Vieja, la que fué destruida por una inundación en 1541.

Fué llevada, entonces, al valle de Pancán o Panchoy (palabra ésta que en cakchiquel significa Laguna Seca) y llamado El Tuerto por los colonizadores, con el nombre de "la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala" (actualmente la Antigua Guatemala). Pero fué también destruida, si bien en menor grado que la anterior, por un terremoto en 1773, siendo entonces edificada en el valle de la Virgen o de la Ermita el mismo año de la independencia de mi patria, o sea en 1776, que es la Nueva Guatemala de la Asunción actual.

El país es esencialmente agrícola, según tengo entendido, y productora sobre todo de café, del mejor café del mundo, además del banano, chicle y maderas preciosas, Pero su mayor riqueza es ésta del clima, pues en sus tierras corre la fama de residir eternamente la primavera, lo que hará sentirme como en mi bello pueblo de Waterbury. Quiero repetir que estoy llegando de las ricas tierras de los Estados Unidos del Brasil, en donde dejé funcionando una planta de energía atómica por cuenta de la Williams & Clark Ltda., misión que ahora me trae al Reino del Quetzal, como también llaman a este país, del modo que antes me hizo ir hasta el Cercano Oriente (aunque esto de cercano ya no es más que un sustantivo y no un calificativo, pues hoy todos los lugares, incluso el otro Oriente, son cercanos).

Pasado el ligero examen de visas (los tratados internacionales de libre comercio hacen inútiles los demorantes y hasta afrentosos registros de equipajes que se exigían antes) en la oficina respectiva, dejé la Aduana —un imponente y moderno edificio de tres pisos situado al lado poniente del campo— y tomé un taxi que me llevó a través de sombreadas avenidas. Sentía no poca impaciencia por llegar pronto al hotel a darme una ducha fría y salir en seguida a conocer la ciudad "bella y culta", como reza la Guía de Turismo. Y mientras respiraba a pleno pulmón estos frescos aires guatemalenses, como se dice ahora, por los ventanales del carro desfilaron ante mí como en visión de ensueño sus calles cuajadas de tráfico, sus soberbias plazas adornadas de mármoles y bronces, sus alamedas y armoniosos parques en cuyos quioscos unos cuan-

tos cuerpos de música se esforzaban en vano por sembrar aliento y optimismo, vale decir poniendo cristales color de rosa en los ojos de sus oyentes, si oyentes podían llamarse a esos grupos de peatones que pasaban sin pararse y sin oír. Y si así también pasé yo, fué porque de aliento y optimismo ya vengo saturado, por lo que no precisaba escuchar aquélla para seguir viendo de rosa el futuro, como corresponde al que siembra, como es mi caso, fragmentos de sol en el fértil surco de la Madre Tierra: que eso mismo son las benditas máquinas que yo instalo.

De estos pensamientos me sacó la parada casi súbita del taxi obligado por las luces del tráfico; y durante el tiempo que esperaba vi pasar a mucha gente sin calzado, como se ve en todos estos países de latinoamérica, sólo que estos chapines tienen una expresión de gravedad y honda tristeza, y hasta de desesperanza, como si no creyesen poder nunca mejorar ni con todo el poderío de la energía atómica en sus manos. La marcha fué luego reanudada, pero no he dejado de pensar en la tristeza de esos que vi. ¿Será así todo el pueblo?

Y, ya en mi cuarto, escribo a la carrera este párrafo antes de ir a la calle.

Diciembre 9

Sábado.

Hora: 8.30.

Habría deseado haber dejado tarde la cama esta mañana, no sólo para compensar mi desvelo de anoche, sino, además, para saborear entre las sábanas los deliciosos fríos que están haciendo aquí, tan en contraste con los calores brasileños que dejé atrás. Lo del desvelo se debió a un feliz encuentro que tuve al salir del teatro y que confirmó, una vez más, la verdad de que el mundo es bien chiquito. Pero empezaré por el principio, que no es menos importante, como que el se refiere a estos enigmáticos maya-quichés, que tantas opiniones adversas entre ellas

mismas y contra aquéllos han emitido los que tienen por qué opinar.

No eran aún las 18, cuando fuí a pie a dar un paseo por el corazón de la ciudad, pudiendo ver en seguida que es la avenida sexta, en su parte media, la que sola merece tal calificativo, aunque no por su amplitud, que es más bien estrecha, ni por la altura de sus edificios, que son a lo sumo de dos plantas, sino por ser la sede de los más importantes almacenes y tiendas de lujo, los que sonríen al tráfico por medio de sus grandes vitrinas y escaparates siempre abiertos, así como de los luminosos teatros y las más elegantes cantinas. La gente, chapina y no chapina, la prefiere a ninguna otra, y por ella desfila incesantemente, pero sin prisa, seguros de que hay más tiempo que vida (sería interesante conocer el índice de mortalidad de éstos), pese a que aquí las distancias se cuentan por kilómetros, dado que la mayoría de los edificios son, como he dicho, de una sola planta, con lo que los de este pueblo demuestran ser buenos maratonistas al gustar más caminar muchas cuadras horizontalmente que pocas varas en un ascensor. Pues aquí debe ser la vida lenta, y, en efecto, así es: frecuente es ver a muchos pasar ligeros, dando la impresión de llevar prisa, pero que, cuando menos lo espera uno, se los ve detenerse ante una vitrina por largo rato, o quedarse mirando en una esquina, o platicando con algún conocido al que también le es igual llegar a su destino media hora antes que después. Quiere decir, que aquí nadie le pone espuelas a la vida, a la que parece que tratan con la mayor de las dulzuras, lo que me induce a creer que en este país deben abundar los centenarios. Sin embargo, todos caminan igualmente serios, adustos, como hurafios, como malhumorados, como el que no quiere llegar a los cien años, con cara de pocos amigos y hasta con ceño amenazador, como si aquí fuese necesario andar mostrando los puños para ser respetado por los demás. ¿Será eso verdad? ¿Deberé, pues, mostrarlos yo también?

Caminando despacio había llegado hasta el teatro Lux, en cuya esquina me había quedado observando, cuando he aquí que al dar las 18 la avenida se congestionó literalmente de peatones: unos, empleados y oficinistas que

salían de sus respectivos trabajos, y otros, vacacionistas o rentistas que salían de los cines que en esa hora terminaban sus funciones de la tarde y daban comienzo las vespertinas, al par que se abarrotaban los restaurantes, desde cuyo interior fluían manantiales de luz que se volvían como serpentinas luminosas de carnaval al caer sobre las guapas y elegantes damas que, desnudos el pecho y la espalda, como es la moda, paseaban sus airosos garbos metidas en carros transparentes de plexiglass y silenciosos como suspiros, pero cuya transparencia, por lo menos de adentro a fuera, era anulada por la oposición de dichas damas a mirar a nadie; todo, bajo la luminosidad variante y artística de los avisos comerciales que suelen techar gran trecho de esa avenida. Y la huranez y malhumor de aquéllos que por no oír música por ningún lado no había modo de temprarlos o disimularlos, se manifiesta también en las mujeres, sean ricas o humildes, inhibiéndolas contestar hasta el saludo de un caballero si éste les resultaba desconocido. Sinceramente, esta gente no se parece a ninguna otra de las que tengo conocidas. Aún viéndolo cuesta creer que voluntariamente haya alguien que quiera hacerse la vida tan austera, más del extremo significado de esta palabra y de la interpretación que a ella misma pudo dar Sir Stafford Cripps.

Estas humilditas que he mencionado, las que no van solas sino acompañadas de sus probables maridos, envueltos, como ellas, en sus mantas sucias y raídas y mugrientas, y que pasan haciendo el más hondo contraste con las otras de guantes y pieles de lujo, son los llamados indios e indios, cuyo oficio es el de labrar la tierra con sus manos. De ellos había ya oído hablar y sabido que son los gloriosos Mayas, sólo que hoy no parecen tener ninguna gloria ni por dentro ni por fuera, ni los creí jamás que estuviesen en tan miserable situación.

Dichos indios, que se ven tan numerosos, son de cuerpo un poco más pequeño que el guatemalteco no indio, o sea el ladino, teniendo la mayoría de aquéllos apenas un metro cuarenta de estatura, si bien hay algunos que cuentan hasta 1.54. En tamaño, pues, se asemejan a los Araucanos, sólo que sin el hercúleo aspecto de éstos, sino al

revés: flacos de carnes, consumidos, casi marásmicos. Por conservar su cabeza las dimensiones corrientes, les resulta más bien grande que pequeña, la que es ligeramente achatada por delante en forma circular, con ligera reducción de los parietales, lo que hace verse agrandada la parte posterior de la misma, y semiconvexa la frente; deformidad ésta completamente artificial y hecho por ellos no por gracia o vanidad como hasta hace poco se la deformaban al nacer los Aymaraes de la América del Sur, ciñéndose una fuerte ligadura, sino por una ligadura peor: la de la necesidad de vivir que les obliga a llevar cargas pesadas prendidas de la frente. Sus ojos son café oscuros y rasgados, las pestañas escasas, siendo en algunos reemplazadas por los bordes rojos e hinchados de los párpados; las cejas estrechas y negras y exageradamente crecidas, y los pómulos salientes. La nariz es roma y cifósica, rara vez aquilina, y de ventanas dilatadas. Asimismo la boca es más grande que pequeña, con los labios gruesos, pocos salientes y color cenicientos. El mentón corto y redondo, la cara elíptica, la frente angosta, y la piel morena oliva, aunque de repente se ven algunas mujeres de mejor color, visiblemente mestizadas con europeos. El pie —rara vez en suela de caite, siempre descalzo y estropeado por caminar ya sobre las piedras calientes de las tierras bajas, ya sobre el granizo de las tierras altas— plano y desfigurado, y los dedos en abanico; y éstos que se exhiben desnudos de la rodilla abajo (mecos) muestran las piernas flacas y torcidas formando equis, o losanges, o elipses y demás figuras, incluso irregulares, de ambas geometrías.

Son angostos de espalda, estrechos de cadera, y encorvados los hombros. A cierta distancia podrían ser tomados por los pigmeos de que habla Homero, Herodoto y Aristóteles, siendo, como ellos, más o menos proporcionados; pero de cerca su semejanza es más bien con los hombrecitos del Extremo Oriente, sin dejar por ello de ser confundibles con los otros nativos mejor vestidos o ladinos, de los que se diferencian, primero: por la indumentaria especial de que hablaré luego: segundo, por su extremada flaqueza cual si fuesen grandes pensadores,

juntamente con su tez arrugada y curtida por el sol y pálida por el hambre; y, tercero, por su expresión de abatimiento y dolor estereotipada en el rostro, la que se descubre a través de su burda máscara de resignación e indiferencia, expresión bastante semejante a la de los nipones de Hiroshima o Nagasaki de 1945. Total, que su aspecto está en pugna con la civilización que los occidentales pretendemos haber alcanzado. Es así que su aspecto es de viejos, pese a que, mirándolo bien, ninguno llega a los 60 años de edad, siendo que en nuestros días abundan los de esta edad en todas partes del mundo. En cambio, hay entre ellos gran cantidad de menores de 18 años, lo que ya raramente ocurre en el resto del mundo; menoría ésta que no impide la maternidad en tantas jóvenes que pasan conduciendo a sus propios nenes vestidos del mismo modo que sus padres y ya mostrando la misma conocida expresión de dolor mal disimulado. Me pregunto si no será esta fecundidad precoz la que les da este aspecto de mayores, aunque el dolor que acusan, más parece de orden moral que material. ¿O será que son precoces por el engañoso aspecto de mayores que presentan? Voy convenciéndome que éste es un pueblo de enigmas; y sospecho que su observación y estudio, desde todos los puntos de vista, sería de lo más interesante.

Y, con todo, son éstos los únicos que aquí se ven caminar ligero, deslizándose sobre el piso como en nerviosa fuga, con movimientos casi mecánicos, a la manera de róboto, llamando dolorosamente la atención no tanto por su raquitismo ni por su enigmático y taciturno aspecto que a simple vista da la impresión de que no piensan ni sienten nada, sino más que todo por sus singulares y compensadores trajes que les da la apariencia de gente alegre y feliz. Entre los hombres algunos usan pantalones oscuros y largos, y otros cortos a la rodilla y blancos con rayas rojas verticales o dibujando cuadros, dejando ver en muchos el pie de Schaffer por semiatrofia de los músculos de las pantorrillas (¿debido a su marcha especial sobre el pavimento?) y los pies con las puntas rajadas por las distancias y los hongos (pie de atleta). Estas prendas son sostenidas en su lugar a su modo típico,

que coincide con el estilo español, o sea por medio de anchas bandas o cinturones siempre de color rojo y a veces bordados en sus extremos, anudados éstos ora adelante, quedando ellos libres sobre los muslos o prensados bajo la pretina; ora anudados atrás, arrastrando casi los flecos de sus puntas. Algunos llevan por delante, a modo de delantal hasta la rodilla, una tela oscura y a cuadros que llaman rodillera o bien suyate.

La camisa la usan abierta en su tercio superior, y de color variable: raramente blanca, más comúnmente verde o morada, ya a rayas o a cuadros como de Arlequín, con un pañuelo rojo de algodón anudado al cuello en vez de corbata, como los gauchos, con las puntas colgando sobre el pecho. Encima llevan sacos negros de jerga cortos y ya muy traídos, asomando debajo el cinturón colorido bien ajustado, y a veces también un poncho de variados colores tejido por ellos mismos al modo de los tejedores de Kashimir. Otros llevan en vez de saco un algodón (capixay o capisayo) de manta semejante a un sambenito o como vestían los Quichuas, de los que sin embargo se distinguen por usar debajo unos calzones como calzoncillos con bordados en sus orillas, de donde puede decirse que se visten por los pies y por la cabeza, pareciendo reunir así todas las características de ambos sexos. Dicho algodón, si bien es blanco, presenta rayas verticales que llegan hasta el borde de aquél, o sea a nivel del tobillo o un poco arriba, el cual es cerrado hasta el cuello, con golas anchas y mangas largas y angostas bordadas en rojo y morado, así como los extremos del cinturón cuyos flecos cuelgan atrás. Estos usan sombrero negro sobre una cabeza previamente envuelta en un pañuelo rojo, azul o morado, adquiriendo en conjunto el aspecto de los centuriones de semana santa. Mas no es ningún disfraz, como podría pensarse, sino sus vestidos cotidianos, que ellos son los que han merecido el nombre de cimarrones, indumentaria que enriquecen además con el morral blanco de algodón suspendido del hombro y que sustituye a los bolsillos de que carece su vestimenta. Los demás usan sombreros tejidos con hilazas de pita (petate) en su color natural y bajo cuya ala asoman aquellos ojos

rasgados y de mirar esquivo, unos bigotes ralos sobre el labio, y entre éstos el cigarrillo o la pipa, que parecen ser grandes fumadores. Caminan a paso de trote, llevando en una red colgada atrás y prendida de la frente por medio de una cinta de cuero (mecapal), sus cargas que a veces resultan fantásticas por su volumen y peso, compuestas de cereales y verduras que les da figura de dromedarios; o bien se trata de cántaros y demás artículos de cerámica llevados dentro de una arca de madera (caçaxtle o cacaste), apilados unos sobre otros en tal cantidad que aquéllos parecen ahora rascacielos ambulantes, pues carecen de mulas y de otro medio de transporte; cargas que les ha habituado a caminar con el cuerpo echado hacia adelante, de donde resulta que caminan en pos de su equilibrio, como los parkinsonianos.

Pero las mujeres —o mujercillas por su tamaño, pues son las que alcanzan menor estatura, logrando apenas la medida de los cuatro pies— son las de verdad vistosas. Telas gruesas y bien coloridas semejantes a los sarapes mexicanos, aunque más ricos en colores, y tejidos por ellas mismas, les sirven de faldas, enrollándoselas al nivel de la cintura al modo como se visten las negras de Monrovia o de cualquier pueblo de oriente en los que se carece de máquinas de coser, y terminando siempre en la garganta del pie, que va desnudo, en contraste con las faldas cortas de la moda actual. A veces esta falda o "corte", siendo jaspeado, es de color oscuro o apagado, lo que enmiendan con otra especie de delantal que abarca todo el frente del corte y el cual es lleno de colores vivos, múltiples y sedosos; todo ello prensado por un fajón como faja de iris, o simplemente rojo y muy ancho, viéndose, también, algunas que no llevan fajas sino que el extremo del corte ya enrollado se lo meten debajo de la pretina, quedando su borde caído en graciosa gradería. El torso es cubierto por el huipil de maravillosos colores, con figuras bordadas estilizando ejemplares de la fauna y flora nacionales, o bien es blusa de seda bordada igualmente con tantos arabescos que se hace forzoso pensar en la paciencia infinita de tales bordadoras. Estos huipiles son de anchas mangas que no pasan del codo y pren-

sadas unas veces a la cintura debajo del corte, y otras veces, generalmente las blusas, libres y flotando sobre la falda. Hay algunas que, para que haya de todo, llevan encima del traje una gabacha blanca de algodón que les hace tomar aspecto de sirvientas. Y en todas y en todos, debajo de ese traje no hay más que la piel morena-oliva que en aquéllas envuelve unas entrañas de aparente orgullo, cual si fuesen reinas mendicantes, tanto más que sus cabellos, negros y lisos y curiosamente escasos, y siempre terminados en trenzas, son a veces enrollados en torno de la cabeza, adquiriendo dicho rollo en unión de las cintas de brillantes colores con las que entretejen aquéllas, apariencia de corona, la que puede ser sencilla o rematada en lazos o moños, ya en uno o bien en ambos lados de la cabeza. En otras, las dos trenzas quedan libres a la espalda, cuya extensión asaz corta es prolongada por los listones que rematan en lazos; cintas y lazos que substituyen a las flores, pues como las japonesas, éstas no saben llevar flores en sus personas.

Por joyas llevan colgantes o aretes de cobre en sus orejas, y al cuello una serie de collares (chachal), de cuentas de coral y de vidrio en monedas viejas de plata intercaladas, o bien de chaquiras grandes y otros abalorios siempre brillantes y coloridos. Usan rebozos o pañolones de infinitos colores sobre los hombros, nunca sobre la cabeza, con los que se cubren más bien el pecho que la espalda, pues sus extremos los anudan atrás en vez de adelante; y les sirven tanto para abrigarse como para formar con él una hamaca en su espalda en donde llevan su niño (a memeches), como es costumbre entre las mujeres primitivas. El único modo de llevar el rebozo sobre la cabeza es bien doblado, cuando llueve o hace sol, tomando entonces el aspecto, por sus múltiples colores, de un plumón de ave fantástica.

Se comprende que la fisonomía de ellas es más bien fea que bonita, aunque en esto también hay excepciones, siendo más feas a medida que envejecen, es decir, que se acercan a los 30 años, como que van entonces adquiriendo mayor parecido con los hombres, creciéndoles más las cejas que los cabellos. La mayoría, como dije, van llevan-

do en la hamaca al niño dormido, cuyo peso —sin duda el correspondiente al moral, porque en lo material se ven asombrosamente livianos— parece agobiarlas, aunque simultáneamente no caminen con fardos en las manos y pesadas canastas en la cabeza, que es lo que ocurre más raramente, porque lo frecuente es que al mismo tiempo lleven la canasta o el cántaro a la cabeza, como podía verse en la Edad Medieval, o como aún es dable ver en la India. Y van, si cabe, más serias que ellos, trágicamente serias y sin alzar sus ojos del suelo, tratando lo mismo de alcanzar su equilibrio, que huye como su sombra, delante de ellas, auxiliándose en el novimiento exagerado y casi vigoroso de sus brazos.

Sólo son estos los tipos que recuerdo ahora, pues su variedad es tan numerosa que es difícil conservarlos todos en la memoria. Pero sin excepción, vistos de cierta distancia, parecen infantes o “patojos”, por la pobreza de su desarrollo físico, siendo en verdad adultos y, a fé mía dignos de estudio, pues si por sus trajes han captado todos los matices del arco iris a semejanza de los químicos de DuPont, hasta parecer trozos de ese mismo arco caminando a ras de tierra, no demuestran sin embargo darse cuenta de ello o que fuesen afectados en lo menos, pareciendo almas errantes, que en vez de proferir gemidos esparcen alegres colores como para engañar a los niños de verdad.

Pero, sin importar lo que en su interior puedan sentir, son ellos los que, como anémonas animadas en confuso abigarramiento con los no menos vistosos uniformes de los cadetes y de algunas colegialas, contribuyen en mayor grado a adornar las avenidas, a las que siembran de flores de la “eterna primavera”. Por todo eso, estas avenidas no son más que luces y colores, confirmándose el decir de ser éste uno de los más coloridos países del mundo.

Por largo tiempo me quedé mirándolas pasar en silencio, con su paso ligero y menudo que hacen creer que van de puntillas, y el gran balanceo de sus brazos...

Fué cayendo la noche. Encendidas las luces de las grandes vitrinas y demás avisos, la avenida era ya un

cinturón de brillantes colores. Era como un fajón de india gigantesca, de la india que se llama Juana Chapina.

Pero al lado de todo ello había una tercera clase de gente que molestaba desconsiderablemente pidiendo insistentes una limosna, cerrándole hasta el paso a uno para forzarlo a dar; mendigos tan insoportables como numerosos que se afanaban por convertir tan hermosa avenida en una verdadera "vía de los milagros" Y siendo difícil satisfacer a tantos, no encontré otro modo de librarme de ellos que abandonar el mirador y entrar en el *Ciro's*, el restaurante de lujo de esa misma avenida. Pedí algo de cenar, y mientras comía envuelto en las delirantes notas de la orquesta, contemplaba a mis pies, desde el balcón, a las parejas que bailaban con fruición envidiable, sin poder saber si tal deleite era debido al frío de la noche, al ardor de los licores o a la fogata de los cuerpos abrazados... Sobra decir que allí no habían indios ni cosa parecida. En la mesa contigua una hermosa señorita, rodeada de algunos amigos suyos, reía contenta, o bien salía a bailar, y esto último con gran maestría. Pero no era su belleza, conste, ni su arte, lo que llamó mi atención, sino su alta distinción que la hacía mirar a todos como una reina mira a sus vasallos, sin dejar por ello de ser amable, pues por lo menos a mí así me pareció cuando me miró dos o tres veces sin abandonar su graciosa sonrisa, lo que ya es bastante aquí para ser amable.

Concluía la cena, abandoné el restaurante y continué sobre la avenida rumbo al norte hasta verme en el parque Central, cuyo principal distintivo es una gran fuente erecta en el centro del mismo. Este parque ocupa la mitad de esta plaza que se llama Plaza de Armas y se halla frente al Palacio Nacional, que ocupa el lado norte de dicha plaza; frente a la Catedral metropolitana y el Palacio Arzobispal, que ocupan el lado oriente, y, por el lado poniente, colinda con otro parque llamado del Centenario, que es en donde se dan los conciertos en las noches privilegiadas. Este parque es sombreado de árboles, a diferencia del anterior, que carece de sombra, por lo que este último sería apropiado para darse cita las mujeres

hermosas y exhibir con él su belleza. Pero ocurre al revés: este parque se mantiene absolutamente desierto como si las mujeres bonitas, y también las que no lo son, prefiriesen no dejarse ver de nadie en tal lugar. Sin embargo, sus razones tendrán, y yo soy el menos llamado a hacer tal crítica.

Durante un buen rato me quedé en uno de esos parques entretenido viendo desfilar gentes y automóviles por la hermosa plaza, volviendo después sobre mis pasos en dirección a los teatros, pudiendo ver ahora que uno de aquellos avisos luminosos que abarcan todo el ancho de la calle se refería al conjunto del Ballet nacional que todas las noches da funciones en el lujoso y recién construido Teatro Nacional, y al momento decidí ir. Por ser ya algo tarde, me tocó llegar a la hora del intermedio, pudiendo notar que la concurrencia que llenaba palcos y platea era numerosa y distinguida; pero ni en las galerías se veían los trajes típicos de los indios, en contraste con la abundancia que había hallado de ellos en las calles. Todavía no puedo explicarme por qué entonces pensaba tanto en ellos: tal vez se debía a que su variado y pomposo colorido que les da apariencia de prismas de cristal tocados por rayos del sol, juntamente con sus raras expresiones, se habían quedado impresos en mi mente de modo al parecer indeleble. Pero es que su ausencia de aquel lugar, siendo la admisión tan barata y el espectáculo tan bueno, era más que notoria. ¿Qué serían incapaces de apreciar el encanto de un Ballet? Pero ¿qué clase de gente son, pues, los indios? Y decidido a averiguarlo, me volví hacia el vecino de mi izquierda, que era un joven de señorial continente, al cual cortésmente le endilgué dichas cuestiones.

Habiéndome escuchado, me miró muy atentamente, y viendo al fin que yo era extranjero y desconocedor de las cosas chapinas, me contestó con cierta arrogancia:

—No, señor. Aquí no vienen indios.

—Y ¿por qué? ¿Será que estas cosas lo les gustan a ellos?

—Sí que les gustaría —contestó— si pudiesen entenderlas.

Mi interés iba en aumento.

—¿Y por qué —insistí— no las pueden entender?

El empezaba a reírse, pero se puso serio de pronto, hasta pareciéndome que se había arrepentido de haber dicho como dijo. Y contestó:

—No es tanto eso. Es que ahora están dedicados exclusivamente a la política y no les queda tiempo para otra cosa.

—¿Dijo usted: a la política? ¡Qué raro! —Dándome cuenta que me había precipitado, me excusé: —¡Perdone! No quise decir "raro", si es natural que siendo hombres...

Esta vez rió él con toda su gana, interrumpiéndome.

—No necesita excusarse —dijo al fin—, que a mí también me parece raro.

Yo me reí igualmente, aunque para ocultarle mi cada vez mayor interés, mientras le preguntaba:

—¿Por qué?

Ya abría la boca para responder cuando ví que la cerraba de nuevo, como si otra vez se hubiese arrepentido, o si le costase trabajo explicar lo que sentía; al fin se limitó a contestar con un encogimiento de hombros.

A mí no se me alcanzaba la razón de aquella su reticencia, como si empezase a creerme espía o algo así de los indios, lo cual debía ser un completo absurdo. Certo era que ya sentía simpatías por estos pigmeos, sin poderlo evitar, como debía sentirlo cualquier hombre que blasonase de tener el corazón bien puesto, pero de eso a servirles de espía para algún fin bueno o malo había gran trecho, pues en primer lugar, carezco de carácter para ello, y en segundo, no conocía ni conozco personalmente a ningún indio para inclinarme a hacerle tal favor. Su temor o sospecha debía estar, pues, fuera de razón; y más que todo para descubrir el motivo de esa sospecha y, por ende, de su reticencia, volví a preguntarle:

—Y ustedes los ladinos, ¿no se dedican a la política con el mismo ardor que ellos?

—¡Bah! —exclamó volviéndose a encoger de hombros—. Nosotros ganamos siempre. Con teatro, o sin él, no habrá elecciones que nos ganen.

Ahora veía que se trataba de política electoral. Pero ¿qué clase de elecciones eran éstas? Y ¿por qué aquél demostraba sentir tan poco aprecio por los indios? No se me ocultaba que yo mismo le había caído mal por el hecho de haberme interesado por los nativos; pero ¿por qué? Y antes de poderle formular nuevas preguntas, se apagaron las luces y fué recogido el telón.

El espectáculo que daban las balletistas era por demás arrobador. Con sus elásticos movimientos adquirían aspecto de volutas de gas jugando al viento, pues casi se desvanecían en sus fluidicas danzas. Aquel era el número de El Lago de los Cisnes, con música de Tchaikowsky, el que exhibían con inigualada y exquisita gracia. No obstante, al lado de las balletistas danzaban con igual insistencia en mi mente aquellas cuestiones que habían quedado pendientes; y al concluir la función y encenderse las luces quise materializarlas y darles el mismo curso que las anteriores, pero ya el señorito de marras se levantaba bien tiesecito, y, sin volverme a ver, como si me hubiese ahora tomado por uno de esos indios, salió del palco y se incorporó al público que salía en masa del teatro. Me encogí de hombros. ¿Qué más podía hacer?

Lentamente fuí avanzando hacia la puerta de calle, sin imaginarme la grata sorpresa que al llegar allí me esperaba. Y, en efecto, fué todo uno alcanzar esa puerta y tropezar con mi viejo amigo D. Antonio Gutiérrez y Solares, el mismo con quien pasé ratos amenos en Cádiz, hace dos años; el andaluz de la Sevilla de mis amores, la misma de la Giralda, y por más señas del barrio de la Macarena, que amablemente se prestó a servirme de cicerone a mi paso por su tierra buena. Es el mismo sesentón de entonces y de siempre, tanto en lo que respecta a la obesidad de su cuerpo como en la franca cordialidad de su alma grande.

El me vió antes que yo a él. Fué, pues, mayor mi sorpresa al sentirme de pronto estrechado entre sus abultados brazos mientras exclamaba:

—¡Hola, ingeniero! ¿Desde cuándo aquí? Mi amigo: ¡ésta sí es suerte!

—La suerte es mía, Sr. Gutiérrez. Precisamente ahora que llego me lo encuentro. ¿Qué tal va por aquí?

—Bien, pa serví a usted, y tampoco ahora se queje de la soledá. ¿Usted vá de paso?

—No; vengo a quedarme y a sembrar otro de aquellos pedazos de sol que usted ya conoce.

—Eso está bueno. ¿Y dice usted que vino ahora?

—Sí, ahora. Y usted ¿qué anda haciendo? ¿Cómo llegó hasta acá?

—Yo vine caminando, primero un paso y después el otro. Y si usted no tiene prisa venga conmigo. Ireino a mi cantina de enfrente. No es que sea mía de verdá, pero es como eso; y cuando yo no estoy en mi trabajo estoy aquí.

—Veo, pues, que usted continúa atado a la botella, como hermanos siameses —le dije mientras cruzábamos la calle.

—Er visio, mi amigo, er visio, que el vino no se ha hecho pa tirarlo...

El bar, que era a la vez restaurante, resultó ser uno llamado Ensueño, quizá por lo suave y azulado de sus luces y las hermosas morenas que allí sirven cual si fuesen indias. Al entrar, él saludó al verdadero propietario como a viejo conocido. Y después me guió a través del salón donde algunas parejas bailaban al compás de un cuarteto de cuerdas, hasta alcanzar su reservado. Durante el camino él no cesó de hablar con su parlería habitual, haciendo una vez más el panegírico del "líquido sublime", y ordenándole al paso a la mesera la traída de licores, todo junto, aunque yo casi no le entendía porque las voces de la orquesta no me dejaban oír bien. Hasta que nos hubimos sentado en su mesa, no pude coger el hilo de su discurso.

—...porque en este americano país —decía entonces— se bebe de veras. Desde el "chiriz", como aquí yaman a niño, hasta er grande, toos son soleras iguales a mí...

Se interrumpió un momento cuando la mesera entró a colocar la botella y los vasos (mi amigo nunca toma en copas) sobre la mesa. Luego continuó, al tiempo que llenaba dichos vasos:

—Osté se asusta de veme acá, ¿verdá? Pero no debe asustarse. No se orvide que soy andalús, y los pie se me queman sino camino, como la garganta de nuestras mujere sin er cante jondo. Aunque ahora se cantan unas cosas muy rara que no tienen ná que ver con el cante. ¡Ah nuestras soleare, nuestras seguidiya!... Pero, ¿pa qué recordá lo de ayer? Ahora estamo en la América... ¡Qué viva la América!

Y alzando su vaso, brindó:

—Por ella, don Jorge, y por su salú de usté!

—¡Y también por la suya, don Antonio!

Y pues que ahora me dejaba hablar, aproveché para preguntarle:

—Pero esto es whisky, amigo mío. ¿Cómo es que ya cambió su manzanilla y demás vinos?

—Sí, lo cambié pa no vivir pobre tóa la vida. Mire que aquí nadie toma vino, sarvo er que oficia la misa. Whisky y ron. eso sí, y tóo lo demás que a eyo se parecica, menos Agua Fuerte. Ya lo verá usté. Y yo aquí fabrico whisky, y der mejó. Ya yegarà a probarlo.

—Y en tal negocio, ¿le va bien?

Hizo un gesto como diciendo: “Ya usté lo vé”. Y agregó después:

—Pa pasarla sin pena ni gloria.

—¿Y desde cuándo está usted aquí?

—Hace un año que vine, y aquí quiero quedarme, ¡ea! Guatemala es un lindo país. Cuando usté lo haya conocido me dirá cómo son sus montaña y cómo son sus mujere. Eyas son tóas rejuze— aquí dicen: palula—, pero ¡qué mujere, hombre, qué mujere!... Y su tierra, ¡olé su tierra!, tierra que embruja, que hechisa con tóos sus valores primitivo. Otra igual no ha habido ni habrá, cual digo de mi Sevilla.

—¿De manera que ya usted pudo conocerla bien?

—Una parte. Sólo cinco provinsia o departamento, como se dise aquí, pero los conosco bien. Yo salí a buscar er mejó lugar donde poner mi fábrica, y así conosí a Quetzaltenango, donde se bebe ron en ves de agua; después Sololá, donde en ves de agua se bebe ron, y también la Antigua y Chimartenango. Y si sigo disiendo: Chichicas-

tenango, Masatenango, Acatenango, usted perderá la paciencia y va a decir: "¡Qué-chicazál-mástenango!", como yo mismo habría dicho. Pero aquí me quedé al final, porque más me gustó la capital, por sé la capitá, y porque es la que tiene más caprichos. Mire usted cómo se yaman sus caye: una se yama Pío Porta, otra Peres y Tarragó, ésta Palomar, aquélla Peres de León, y Récari, Wittigg Sinibaldi, West India, Mayén, Mini, Carisimi, Berco, Witz Mishaan, London y muchas otras en tóo los idioma, menos en indio...

—En verdad que conoce muy bien —le dije—. Ya usted pronto será un chapín más...

—Eso no —saltó como toro picado por los picadores—, que yo sigo siendo español de los pies a la cabeza.

—Y ¿también soltero?

—Eso sí, que la mujer, ya sabe usted, trataría e divorsiarme de éste vaso. Aunque conosco una —agregó enterneciéndose— que podría convenserme. Es una que tiene los ojos de sielo, la boca de rosa, cuerpo de espuma y arma de cansión...

—Amigo mío, si eso no es estar enamorado, no entiendo gota de amor.

—Sí y no. Los mío son amore quijotesco, der purísimo Quijote, y mi Dursinea es eya, la que respandese más que una diosa, y que por ser tan buena, al acercársele se quita sus rayos que la aureolan pa no deslumbrar al mortal que se ayega. Casi le canto con er poeta: (Y cantó quedo).

“Sin ti no pueo viví.
viví contigo tampoco:
¿me quieres tú a mí desí
si no e pa volverse loco
esto que me pasa a mí?

—Pero, ná más, que es mi secreto —continuó—. De aquí —se tocó el pecho—, no ha salido si saldrá. Brindo, don Jorge, ¡por eya!

—¡Por ella y por usted, don Antonio!

—Muchas gracia.

Llenó de nuevo los vasos, y agregó:

—¡Hombre!, había orvidado preguntárselo: ¿trajo usted a su zeñora?

—No. Nos hemos divorciado.

Me miró sorprendido, y luego exclamó con la mayor alegría:

—¡Bueno, bueno! Eso viene bien. ¡Ya somos sortero los dó!... ¿Y va a estarse usted mucho tiempo en esta ciudad?

—No, pues entiendo que en la próxima semana debo ir a iniciar mis trabajos en Poptún.

—Y no anda ligero er niño, ea! ¡Cómo se conoce que no es de aquí! Guárdese usted d'ir tan lejos, que a lo mejor no habrá garantía ni en la capital.

—Me sorprende usted. ¿Por qué dice eso?

—Las elecciones, don Jorge. Duran tres día, y empiezan er viernes.

—Ya oí hablar de eso, es decir, de la política electoral. Pero, ¿qué puedo perder yo con ella?

—¡Digo! Tal vez la vida, si le hasen hincar er pico.

—¿Quién? Yo no tengo enemigos. Y menos aquí que...

—Sí que los tiene, mi amigo, y tóos tenemos en este país. El enemigo de eye se yama ladino. Er de nosotros se yama Jicaque. ¿Ya los miró usted? ¿Los vió siquiera de lejos?

—¿Usted se refiere a los indios? Pero ¿qué mal les hago?

—Osté es ladino, y pa ojos eso basta.

—Pues tendré que confesar mi ignorancia —le dije—, porque ellos, aparte su espíritu abatido y un poco de altivez en su carácter (por cierto dos cosas que hasta ahora había creído incompatibles) no he visto ninguna señal de odio o de algo capaz de inspirar temor en los demás; y en cambio me han parecido muy pintorescos.

—Por fuera sí, pero por dentro son negros juráo como boca de lobo. No debe creerse nunca que son reyesitos de prata, aunque así parezcan. Que er diablo se viste de ángel cuando quiere engañá a los buenos. Ya los verá

usté en esos días de las elecciones. Por eso le digo que no sarga hasta después, o se lo comen crudo.

—¡Vamos! ¡Vamos!... Y ¿de qué elecciones se trata?

—Las presidenciales. Ahora eyo no quieren ná menos que er gobierno, aunque tar véis un poquito más. Están resuerto, los charranes. Aburridos de los monte, hoy quieren también las ciudade. Cansino de ser mandados, mandar quieren ahora. Perderán tal vé, pero arguno de nosotros moriremo. ¿Sabe usté cómo tratan a sus mujere cuando van a parí, si no es normal el parto? Pues la cuelgan con lazos der techo y le dan con varejones que eyas yaman "schicay" (xicay), y si el parto aún se demora, le untan chile en el lugar pa que el ardó les ayude. Y como de ná le sirve, ar fin der cuento las entierran, y entonse er viudo se pasa a viví con otra, y a empesá otra ves... Así son los indio.

—¡Tremendo! ¿Y hay también indios en Poptún?

—Como moscas. En tóas partes hay.

—Pues está bien —le dije chanceándome—: llevaré un poco de flit.

El casi se puso trágico al decir:

—No es pa risa, don Jorge, acabar en una tumba desconosida, abandonado de todos, sin cruz y sin flore, pero muchos gusano por dentro, y hormigas y espinas por ensima, sin esperansa de lápida ni de otra cosa. ¡Qué triste!, ¿verdá? ¿Verdá que ahora le han convensido mis rasone?

—¿Razones? Si será más exacto decir andaluzadas... No, amigo mío: la luna no es de queso fresco.

—Ya sabía yo que lo iba a tomar a chungu. Pues le digo la puritita verdá. No hay que hasé locuras, amigo. Es preciso tener ahora mucho cuidado con tóo. Y debe creerme.

—Quisiera, pero no puedo.

—¡Qué me duele perder tan noble amigo! —exclamó al fin.

—No me estoy perdiendo, don Antonio. Ya verá cómo a mi regreso nos juntamos los dos aquí otra vez, tan alegres como ahora.

—¡No, nunca, eso no! Yo les tiemblo a los muerto. Más vale que allá se quede... (Ofreciendo) ¿Otra botella?

—Gracias. Para mí ya no, que he bebido bastante y pronto va a amanecer. Sólo deseo pedirle, antes de irme, que no vuelva a intentar burlarse de mí, como intentó ahora.

Abrió tamaños ojos, y preguntó:

—¿Burlarme yo de usted? ¿Por qué lo dise?

—Ha tratado de hacerme creer que indios y ladinos son enemigos irreconciliables entre ellos, pudiendo, sin embargo, vivir tan juntos como los veo aquí, que hasta sirven de meseras en esta cantina.

Dió un suspiro y repuso:

—Estas no son india, don Jorge. Son ladina vestidas de indias, ná más. Por eso usted las ve aquí, porque sólo aseptamo la india artificial, las india de farsa. La otra, la india chipén, eso no corre, ni se busca ni se resibe, sarvo con mucha necesidá, o cuando er patrón o la patrona son pobre, o no quieren gastá, que da lo mismo.

—¿Puede, pues, ocurrir que los indios de verdad sean sirvientes de los ladinos?

—¡Cómo! Casi siempre.

—Entonces no pueden ser tan enemigos, y no hay más que hablar. —Y me levanté a despedirme.

—¡Por el amor de Dios, don Jorge, no se enfade! Que eyos pueden ser sirviente, pero eso no quiere desí que se amen con ternura.

—Pero tampoco significa que se odien. ¿Por qué? No veo la razón de ello.

—Ya le dije a usted. La rasón es que los indio son malos. No es que quiera —agregó levantándose y poniéndose a mi lado— que quiera torser su voluntá, sino que yo quiero su bien, y evitarle el desengaño que le espera.

—Pues le agradezco, don Antonio, y hasta le pido perdón por haber dudado de usted, si bien sigo decidido en mis proyectos. Quiero confiar en que nos veremos más tarde.

—También yo, y me duele su desisión. Y si argo se ofrese no tiene usted más que disponer de mí, que soy er de siempre. Aquí pué encontrarme a cualquier hora.

—Lo tendré presente, —Y le estreché la mano—. Hasta luego.

—Quede usted con Dió...

Al salir del reservado vi merodeando por la puerta a un par de ladinos en actitud que me pareció sospechosa, tanto más visible cuanto que el salón estaba ahora casi desierto, y que me miraron al pasar con ojos torvos. Sin perderlos de vista seguí caminando, pero pronto los vi a ellos desaparecer por la puerta misma por donde yo había salido. Sigilosamente volví sobre mis pasos, temiendo por mi amigo, pero no tuve necesidad de llegar hasta él para conocer lo infundado de mis temores, pues las voces que salían de allí acusaban que aquellos eran amigos de parranda del señor Gutiérrez, o mejor dicho, parásitos de su mesa siempre húmeda, o parásitos de la humedad de su mesa. Tuve entonces la explicación o razón de la mirada torva con que me habían obsequiado: temían verse desplazados del puesto que ocupaban alrededor de mi amigo.

Al llegar a la calle distinguí al oriente, en un cielo admirablemente azul, un débil resplandor: eran los arreboles de la nueva aurora, pues con todo y que la primavera estacional está aún distante de nosotros, aquí parece que estamos en su propio equinocio que unos aires que hacen fácilmente florecer los rosales del ensueño parecen confirmar. Pero en esta hora había también un frío intenso, por lo que me anudé mejor la bufanda al cuello y a paso largo alcancé el hotel.

Y heme aquí, no obstante, ya levantado, rasurado y hasta desayunado, gracias a la campanilla del teléfono, por haber dejado dicho en la portería que me despertaran a las ocho.

Y ahora voy a presentarme al Ministerio de Obras públicas a fin de obtener la autorización oficial de este gobierno para empezar cuanto antes la parte del contrato que a mí me toca.

Hora: 14.30

Vi al fin al Ministro. La mano me tiembla de vergüenza al recordar la timidez con la que me conduje en su pre-

sencia. Nunca antes me había pasado esto, pero estos ladinos, algo deben tener para ponerlo así a uno.

Eran ya más de las diez, cuando me vi subiendo la escalinata de mármol del palacio, cuyo estilo arquitectural, es la resultante de dos distintos estilos: renacimiento español y barroco. Dicho palacio, cuya gris y corpulenta masa, orientada hacia el mediodía, levanta en el extremo noroeste de la plaza de Armas hasta una altura de 30 metros, consta de tres pisos, sin contar los sótanos y la azotea, ocupando en total una área de 9.000 metros cuadrados, en el cual se alojan los ministerios y el despacho presidencial, y que, no obstante su gran tamaño, va resultando ya pequeño para tantas dependencias, máxime que los ministerios y sus derivados se han venido multiplicando prolíficamente, habiendo alcanzado ya el número nueve.

Salvada la escalinata que conduce a su elegante pro-píleo, empecé a subir la escalera principal, ancha y divergente, que conduce a los dos pisos y que preferí al ascensor a efecto de poder conocer mejor el interior de este palacio. Esta escalera está ornada de dos artísticos e históricos murales, uno de los cuales me impresionó en grado sumo: el cuadro que representa el final de la resistencia indígena contra los conquistadores. En él aparece Tecún Umán, el bravo entre los bravos, muerto en su lucha contra don Pedro de Alvarado. En verdad, que al verme ante ese cuadro creía hallarme en algún lugar de España, no por la maestría del pintor, sino porque éste debía ser un recuerdo sumamente doloroso para la raza americana, y, en especial, para la indígena de Guatemala que es tan numerosa. Sin embargo, en la patria misma de Alvarado no creo que haya un cuadro semejante, que si esto puede ser el símbolo del Día de Colón, dudo, en cambio, que también lo sea del Día de la Raza o de la resignada Indoamérica. Pero seguimos celebrando el día 12 de octubre, el día que señaló el fin de aquella raza... Por asociación de ideas, pensé que debiera escribirse una nueva historia que deberá ser más falsa que real, para hacerla tan humana como debió haber sido, la cual enseñe, entre otras cosas, que las conquistas de Europa en ultramar fueron hechas sólo con

amor, como si se dijera que en vez de los rifles y cañones —armas atómicas para aquellos pueblos de lanzas y flechas— se emplearon Franciscos de Asís y Bartolomé de las Casas, excesivamente. Así, olvidado lo demás, ya los hombres no tendrían antecedentes de qué echar mano para tratar de excusar sus latrocinios de siempre... Pero aquél no era el mejor momento, sin duda, para éstas mis reflexiones que más tenían de sueños primaverales (¿o serán invernales?...), por lo cual, refrenándome y despertando a tiempo continué con mayor prisa mi ascenso.

Ahora me encuentro en el segundo piso. De los cielos de sus bruñidos corredores limitados por esbeltas columnas que coronan bellos capiteles penden aquí y allá grandes relojes eléctricos sostenidos por gruesas cadenas metálicas, y cuyo objeto será el de recordar a todos que el tiempo es oro, o bien que se ha llegado la hora de almorzar y sestear... para el señor ministro no más, y hasta otro día.

Muchísima gente, y sólo de la clase ladina, encontré aglomerada y en silencio (tan en silencio que deseé hule para mis tacones) en los pasillos y salas de espera de todas las oficinas, los que mostraban tal gama de expresiones —ya de esperanza, ya de temor, de indiferencia, de aflicción, de duda, de timidez, de confianza y fe, y hasta de vergüenza (pero con predominio de las aflictivas), —que invitaban a detenerse y practicar sesiones de psicoanálisis, o, más modestamente, hacer ensayos de psicología aplicada. Mas como yo no entiendo de tales análisis ni ensayos, sigo adelante hasta encontrar la oficina que busco, sita en el ala derecha de dicho segundo piso, en donde, al llegar, me hice anunciar.

Estaba seguro que para poder ver al ministro tendría que volver por la tarde, si no al día siguiente, es decir, el próximo lunes, pues calculando un promedio de diez minutos de audiencia para cada una de aquellas personas que allí esperaban amontonadas, por así decirlo, unas sobre otras, habrían de pasar no menos de 8 horas para ver satisfecho mi deseo. Esto quería decir que lo que yo recibiría hoy no sería otra cosa que la concesión del día y la hora para la entrevista que solicitaba. Y, por no querer esperar

tan poca cosa entre tan grande multitud, me aparté de todos y me vine a asomar al balcón que forma el barandal del corredor.

En el jardín de abajo hay un estanque poblado de lindos pececillos de colores, y, desde las fauces de un dragón de piedra que se yergue en su centro brota un surtidor, cuyo hilo de plata asciende hasta el nivel del balcón en que yo me encontraba, retornando en lluvia. Y arriba, la bronceína balaustrada de la terraza que semeja los dedos de muchas manos que estuviesen haciendo la señal de espera a todos los que intentan subir tan alto. Más arriba aún, aquel cielo azul, un cielo genuinamente tropical visto desde esta altura de cinco mil pies sobre el nivel del mar... Pero hasta aquí llegó el ujier a decirme que el ministro me esperaba. Más que sorprendido, le seguí inmediatamente, aprovechándome del caminito que él mismo se abría entre tanta gente que lo llenaba todo y que parecía que seguía aumentando. Hasta pensé que no debía ser que toda esta gente estuviera reunida por el mismo móvil de ver al Ministro de Obras Públicas.

Pronto me vi en el despacho ministerial y ante el ministro —un señor tan joven que más parecía mozalbete (aquí les dicen chiquilines) y, por lo demás, con cierta semejanza “espiritual” con el señorita del teatro—, quien, al verme, se levanta y me extiende sonriente su mano, diciéndome:

—Me alegro de verlo, señor Johnson. Sabíamos que vendría, pero, en lo personal, no creí que viniera tan pronto. Hágame el favor de sentarse.

—El gusto es mío, señor Ministro —le dije, sentándome después—. En verdad que mi viaje fué bastante rápido —añadí—, con decir que ayer todavía almorcé en Río de Janeiro. Pero ya usted sabe la importancia del asunto que me trae.

—Lo sé, y también sé lo avaros que son ustedes del factor tiempo, hasta llegar a servirse de aviones supersónicos para un simple traslado, privándose con ello de apreciar desde el cielo las bellezas terrenales de que gozaríais si usarais los sublimes transportes de poética lentitud; lo cual es tanto peor cuanto que lo hacéis voluntariamente

y sin mayor necesidad. Todo, por vuestro prurito de valorar en oro cada sesentavo de minuto y hasta de los segundos. (Parecía que sentía enojo porque tal fuese la conducta de los norteamericanos, y yo no hallaba qué partido tomar. El continuó, al tiempo que se sentaba junto a mí, pero que a pesar de haberse reducido así la distancia entre ambos, lo seguía viendo lejos, pero muy lejos de mí): A este respecto debo decirle que el día que los latinoamericanos hagamos lo mismo, es decir, cuando nos hayamos convencido que al madrugar mucho amanece más temprano, entonces, el standard de vida de los yanquis habrá descendido a la mitad, debido a la brillante competencia que le haríamos en todos los terrenos, y el nuestro se multiplicaría por ciento. En ese día, los Estados Unidos se verían obligados a compartir su hegemonía con nosotros, por buenas o por malas, o sea, que se reduciría en más de la mitad, quizá, su influencia en todo el orbe, en tanto la nuestra empezaría a hacerse sentir decisivamente. Pero para suerte de ustedes (parecía dirigirse a un gran auditorio, como el del Madison Square Garden) para suerte de ustedes está todavía lejos ese día, pues seguimos teniendo, hasta la consumación de los siglos, virtudes opuestas que nos obligan a vivir arrimados a uno de los grandes que come con mesura, para no ser devorados por otro de esos grandes que no conoce medida. Pero me parece inútil seguir insistiendo en esto, pues tengo entendido que ya usted tiene nociones de nuestro carácter que suele ser lento para pensar, tardo para obrar y despacioso en la ejecución de la obra, y, sin embargo, careciendo frecuentemente de reflexión en los juicios... y en las acciones. Y esto es más verdad con relación a nuestro pueblo que va usted a conocer ahora, en el cual el pensamiento y la acción son dos cosas muy distintas, hasta darse ellas casi siempre aisladamente. Se lo anticipo para que no espere usted más de lo poco que va recibir de este pueblo. Pero, eso sí, tenga la seguridad de que algo va a recibir. Y (añadió sonriendo de medio lado) no solamente algo: más que mucho. Queda, pues, advertido. Ahora bien, si es verdad que aquí todo lo tenemos ya listo para empezar apenas viniese usted, digo o el ingeniero de la compañía Williams, verdad es tam-

bién que para ello deberemos esperar unos cuantos días, el tiempo justo a que hayan pasado las elecciones para autoridades supremas, que principian el próximo viernes y se prolongan por tres días nomás. Es una medida de precaución, querido amigo, que espero no le causará mayor molestia ni a usted ni a la compañía, todo lo contrario; tanto más que la demora será bien corta: 8 ó 10 días, a lo sumo, que pasarán volando como en avión supersónico. ¿No es verdad?

Y se sonrió otra vez de medio lado. Yo no podía creer —y ¿quién lo creería?— que se pasaran así volando, si 10 días son 10 días, ni uno menos. Pero me hice cargo de que toda oposición estaba condenada al fracaso, y hasta la más simple discusión vendría a ser contraproducente. Sin duda que el ministro pudo haber avisado a la Compañía lo de este atraso, y todos nos hubiéramos quedado donde estábamos hasta no llegado el momento de actuar; pero lo hecho no tenía remedio, y ya tampoco me producía contrariedad, sino lo contrario, como él mismo había anticipado, pues tal cosa me permitía pasar más tiempo gozando de este venturoso clima, por lo que sólo le dije:

—Es verdad, señor Ministro: usted tiene razón; pero permítame que le pregunte, ¿qué es lo que hay que temer por tales elecciones ¿Acaso escasez de brazos?...

—No, señor ingeniero —y sonrió de nuevo, como si experimentase gran placer en decir “no”—, eso sería lo menos toda vez que contamos con un flamante ejército altamente industrializado y disciplinado que, en caso extremo podría con el mejor de los éxitos encargarse de la mano de obra. No es eso. Lo que se teme, o mejor dicho —y bajó la voz para hacerla confidencial— lo que temo yo son los desórdenes que más que seguro se suscitarán con motivo de éllas, elecciones que se esperan reñidas, las más reñidas de la historia de Guatemala, y me atrevo a decir de toda la América.

Por un momento lo vi muy preocupado al recordar tal asunto, pero también otro tanto orgulloso sin saber decir si era por la importancia que él concedía a dichas elecciones, o por poder profetizar con tanto aplomo esos futuros desórdenes. Pero lo que importaba ciertamente, era

su temor a los desórdenes que acompañarían a las elecciones, temor que ya había compartido mi amigo Gutiérrez, y así se lo expresé:

—Debo decirle que eso mismo me habían aconsejado ya, si bien me resistía a darle crédito por creer mal fundados dichos temores. Pero siendo usted, ahora, quien me lo repite, la cosa cambia, pues ya sería más que temeridad insistir contra los dictados de su experiencia.

Yo había hablado sin ninguna malicia, pero el señor ministro se puso bien serio y hasta se incorporó en la silla para decirme:

—¡Ya lo creo! Pero usted me sorprende, señor. ¿Quién tan luego pudo haberle dado tal consejo?, si no tiene inconveniente...

—Un amigo español —me apresuré a confesar, sin comprender todavía que su seriedad, o más bien, su contrariedad se debía a que había habido otro profeta como él, y cuya profecía, para colmo, me había sido dada en tiempo muy anterior a la suya.

El contestó, sonriendo ahora triunfalmente:

—Lo sospechaba. Los españoles son gente de gran talento, pero, como todos los extranjeros, tienen el inconveniente de que sus criterios están más en oposición al de los indios que nosotros, por lo cual, suelen exagerar más que los ladinos guatemalenses, lo que va es mucho decir. No obstante, éste le aconsejó bien. Los desórdenes que él espera pueden presentar muy seguramente caracteres de inusitada violencia, cuyos riesgos serán mayores, desde luego, en las poblaciones más alejadas de la capital, pese a las extremadas precauciones que hemos adoptado.

—Pues voy a esperar a que pase tal amenaza, señor Ministro.

—Es lo correcto. Sin embargo, ingeniero, le prevengo que es posible que aparezca en la prensa de cualquier día de estos a grandes titulares la noticia de que usted, o cualquier ingeniero semejante, empezó ya los trabajos de la instalación de la planta en referencia; prevención que le hago para que no haga caso de ello, es decir, de la noticia esa, pues aliviados quedáramos si a usted se le ocurriese ir a desmentirla —y que esa clase de mentís sí le encanta

publicar a los periódicos—, ya que el objeto de ella es el de impresionar favorablemente al público elector. Ahora, (se puso de pie, llevándose la mano derecha al bolsillo del pantalón, mientras la otra la agitaba en el aire para dar énfasis al discurso que siguió). Ahora quiero recomendarle algo importante, ingeniero. Como usted debe comprender, la inauguración de esa planta, después de concluida, será, sin duda, todo un acontecimiento nacional, como que con ella se abre una nueva era para Guatemala, pues significa su independencia económica, y todas las independencias que apenas hemos tenido han sido en la imaginación. ¿Se fija, Sr. ingeniero? En otras palabras, con dicha planta Guatemala entrará y saldrá por el mundo con la frente en alto —y se irguió cuanto pudo o hasta donde se lo permitieron sus pequeñas piernas—; ya no como nación explotada, sino como... quiero decir... como competidora, como competidora y rival de los grandes y poderosos, y su voz se hará oír, como le dije, decisivamente en el concierto de las naciones. En vista de ello, quiero exponerle mi deseo de estar presente con anticipación a dicho evento, es decir, de presenciar desde el primer ensayo o los primeros ensayos previos a la inauguración. Espero que usted me dará aviso con amplio margen para llegar siempre a tiempo con mis amigas, y que no lo olvidará.

—Se lo prometo, señor Ministro —le dije, levantándome a mi vez, pues supuse que la audiencia había concluido; pero con estos ladinos no sabe uno nunca a qué atenderse.

—Gracias, señor Johnson —dijo. Y se me quedó mirando atentamente, como si ahora me viese por primera vez. Después caí en la cuenta por qué me había mirado con aquella insistencia: había tratado de ahondar en mí y averiguar si efectivamente estaba yo dispuesto a cumplir con la promesa que acababa de hacerle, o si, por el contrario, pensaba dejarlo colgado. A fe mía que debía ser muy desconfiado este ministro, que me hacía recordar a don Pedro de Alvarado. Y aunque no intento discutir sus habilidades de psicólogo, creo que al menos hoy le desempeñaron airoosamente al haber quedado satisfecho del examen, hasta llegar a hacerme luego otra confidencia, como se verá,

pues realmente yo no tenía ninguna intención de burlarlo.

Pero en aquel momento yo no sospechaba que él estuviese dudando de mí, de ahí que me reí como cualquier tonto al decirle:

—Le pido disculpas por el tiempo que le he hecho perder, pues me hago cargo que con tanta gente que desea verlo, cada minuto deberá también ser oro para usted.

—Nada más lejos de la verdad —contestó en serio—, pues no soy yo ninguna excepción entre los nuestros, ni lo son ellos; pues debe saber que la mitad de esa gente tiene tres semanas de estar haciendo antesala, y la otra mitad, pues.. la otra mitad tiene mes y medio. —Y dió una carcajada al ver la cara de sorpresa que yo ponía. Pero a mí lo que más me agradó fué ver que al fin se reía de frente, como hombre de una pieza. Vuelto a su seriedad típicamente chapina, continuó—: No se puede de otro modo, amigo. En su país de Norteamérica, por ejemplo, el que llega a una oficina pública o privada sabe a qué va, y también sabe expresarse correctamente. Aquí no. Aquí nuestra gente va a la farmacia en busca de papas, y a la ópera a aplaudir como en cualquier cabaret. Y aquí los ve usted —con el pulgar de la diestra señalaba la puerta— los ve usted, pujando por entrar a verme. ¿A qué cree usted que vienen? La mitad de ellos me vienen con cuentos propios para un confesor: ésta dice que su hija se fué con Juan y Juan se niega a casar; el otro, que su hijo fué sorprendido escalando la pared de una casa ajena y echado a la cárcel, y me pide que yo le devuelva la libertad. Los que de éstos más se aproximan a la naturaleza de mis funciones de ministro son los familiares de los que trabajan en las obras del gobierno y que llegan a sufrir algún accidente, quienes vienen a que les dé la indemnización y demás beneficios que señala nuestro código de trabajo, cuando para eso tenemos un Instituto de seguridad social.

Y se echó a reír, siempre de frente. Era visible que, con todo y toda, ya no hablaba como ministro, sino como simple mortal. ¿O debo decir: cómo amigo? Por mi parte y por primera vez, yo me sentí más en confianza, como

roto el hielo y curado de mi incipiente timidez. Y, riendo a su lado, le pregunté:

—¿Y la otra mitad?, si no tiene inconveniente...

—La otra mitad —me contestó—, viene a pedirme empleo, a pesar del gran rótulo que les puse en la sala y que dice:

NO HAY PLAZAS VACANTES INUTIL PEDIR EMPLEOS

Pero lo verdaderamente inútil resulta ser el rótulo. Hay entre ellos, seguramente, sus excepciones —siguió diciendo, pero más vale no creer en ellas...

Hizo una pausa, como esperando que yo dijera algo; y como nada dijera, continuó:

—Y todo esto no valdría nada si al menos fueran la-cónicos en sus pedimentos. Pero ¡si viera cómo se tardan en contar cualquier cuento! Nunca hallan las palabras apropiadas, y mientras unos guardan silencio en períodos hasta de un minuto de largo, en tanto pescan la palabrita requerida, otros, hay que no se toman tal molestia de pensar, y amontonan palabras unas tras otra, sin ilación ni sentido, hasta que acaban cansados, pero no agotados; y cuando les hace usted con toda la mejor intención del mundo, alguna preguntinta para tratar de hallar pies o cabeza a eso que contaron, se dan ellos cuenta que usted no pudo comprender nada, y, ni cortos ni perezosos, vuelven a empezar con entusiasmo igual. ¡Cuando le digo que acabarían hasta con la paciencia de Job!...

Me sentí obligado, ante sus confidencias, a hacer algo en provecho de su problema, y le sugerí que debiera exigirles a todos que presenten por escrito sus cuestiones, y un empleado especial se encargase de sacar para él extracto de cada solicitud. Pero él respondió:

—No es posible: la mayoría de nuestra gente no sabe leer ni escribir.

Yo le iba a decir que con ello tampoco se perdía nada, puesto que de todos modos resultan sin ser recibidos; pero no se lo dije, sino que echándome a reír, comenté:

—Pues en verdad que ese rótulo de la sala de poco o nada le está sirviendo.

—Pues sí. Pero, ¿qué voy a hacer?

De momento no supe qué decir, pero volviendo a su pregunta, me di a pensar hasta obtener en seguida la solución de ese problema, la cual se la expuse con el desenfado del que descubre América. Yo le dije:

—Pues si yo fuese usted, colocaría en el lugar del rótulo, un parlante, y pondría a alguien a estar perorando lo del aviso...

—¡Magnífico, ingeniero! Esa idea sí es brillante. ¿Cómo no había pensado en ello? Hoy mismo la pondré en práctica...

Ahora pienso que esa idea no era tan buena, después de todo, pues ese parlante debería de funcionar tan suavemente para no perturbar el trabajo de las oficinas inmediatas, que casi se anularía a sí mismo y su voz quedaría reducida a un susurro. De veras que no hay cosa peor que las precipitaciones. Ojalá que el ministro no vaya a pensar tan mal de mí, después de todo.

Pero en aquel momento él estaba tan contento —y yo lo mismo— que me pareció que se le había aumentado el tamaño de las piernas, y hasta me ofreció un cigarrillo que, con todo mi pesar, tuve que rehusar porque no sé fumar. El encendió el suyo, y después dió un paso hacia su escritorio para dar la orden de colocar el parlante, pero recordando que yo ya estaba en pie, se volvió para el asunto de la despedida. Mas, alentado por mi reciente y sonoro triunfo —aunque todavía no sonaba ni, supongo, sonará jamás—, no quise irme sin explicarle algo más en lo cual pensaba desde hacía rato, seguro de prestarle con ello un segundo servicio no menos valioso que el primero. Y, modestamente, le dije:

—Sin embargo, creo, señor Ministro, que la dificultad de que me hablaba tiene aún mejor solución.

—¿Qué dificultad?

Le expresé que me estaba refiriendo a ese público que tenía fuera al cual se oponía a recibir por lo engorroso que resultaba, dificultad que, sin embargo—, le explique—, lejos de ir menguando deberá ir forzosamente en au-

mento a medida que se vayan agregando nuevos pedigüños.

—¿Y cuál es la solución? —me preguntó con el interés que ahora ya no se cuidaba de ocultar.

Le expuse entonces toda la cuestión:

—Recuerde que usted dijo que en mi país casi todos saben expresarse y saben a qué van al ir a cualquiera oficina, y así es. Pero si ellos no lo supieran y fueran como ciegos si no tuviesen la costumbre de entrar y salir por ellas. Pienso, pues, que será del tódo mejor que usted los reciba a fin de que vayan aprendiendo a expresarse y...

—No siga, ingeniero —me interrumpió, llevándose ambas manos a la cabeza—. Allí erró usted. ¡Dios me guarde! ¿Usted quiere que venga a constituirme en maestro de ellos? Para eso están las escuelas, que las tenemos de todos los tipos: si allí no aprenden o no les enseñan no es cosa mía. ¡Ni modo que...! Pero ni por el sueldo del señor Presidente, que, entre paréntesis, es tío mío, político, pero tío al fin, me metía a maestro de este público que no viene a aprender nada sino a enseñar: a enseñarle a uno a pensar en el suicidio para salir de ellos.

—Eso pensaba yo —le dije sin darme por vencido—. Pensaba que el no recibirlos de ningún modo debía ser el suicidio político del funcionario que...

—Es al revés, señor —me interrumpió nuevamente y sin cuidarse tampoco de ocultar cierta impaciencia que empezaba en él—: aquí el mejor modo de defenderse y asegurarse larga vida en todas partes, dentro y fuera del palacio, es no recibir más que unos pocos al mes. ¿Que protestan y van a meter ruido en los periódicos? Se les deja hacer, y que sus voces se pierdan, como siempre se pierden, en el vacío. Algunos envían por escrito sus réplicas al diario que se hizo vocero de los quejosos, para que éste las publique; pero esos no son tan buenos políticos como aquellos que se hacen los suecos, porque de esta última suerte se da a entender que uno se encuentra muy por encima de las miserias humanas. Y sepa usted que cuando tal conocimiento —el de creernos por encima del nivel común— se ha hecho convicción en la conciencia del pueblo, quiero decir, en la conciencia de los dirigentes del partido

a que uno pertenece, se tiene entonces el 90 por ciento de probabilidades de ser uno tomado en cuenta en las siguientes elecciones para alcalde o para diputado, pudiendo, mientras tanto, seguir aquí con toda tranquilidad platicando con los amigos o con la taquígrafa, y ese pueblo se imagina que uno está ocupado. Esto entre nosotros se llama ser buen político. En cambio sí sería suicidio decirle la verdad a ese público y tratar de instruirlo. El funcionario que intentase eso sí que debe darse por perdido, porque nuestro público tiene conciencia de que sabe, y que sabe más que uno, y ¡ay! del que venga a demostrarle lo contrario, aunque al fin y al cabo siempre acaba por llegar la "revolución" —que es una variedad de la muerte— a nivelarlo todo, tanto a los malos como a los que pudieron llamarse buenos ministros, y arrebatándole todo el mérito al tonto que se sacrificó lo bastante como para haber adquirido alguno. Esto tal vez no lo entienda usted por ser de Norteamérica, pero nosotros sí...

Era muy posible que su brava arenga se hubiese prolongado otro tanto, dado el fuego de su oratoria; pero en aquel momento se apareció una de las empleadas del despacho, por cierto, bastante bonita y metida en un traje tan ceñido que ya era transparente, trayendo en una mano un cuaderno y en la otra un lápiz. Me imaginé que ella debía ser la taquígrafa. Contorneándose llegó hasta a dos pasos de nosotros, donde se detuvo, entornó los ojos y dijo:

—Mario, estoy lista.

El ministro se volteó a ella y repuso, saturando de miel, según creo, cada letra:

—Yo tambiénéén...

Yo entonces me despedí, aunque más exactamente fui despedido con unos toquecitos en la espalda que eran más bien empujones, hasta llegar a la puerta en donde, antes de abrirla, me dijo, retomando sus modales de ministro:

—Muchas gracias, ingeniero. Y tenga la seguridad que ahora mismo serán prevenidas las autoridades de Popotún para que al no más llegar den a usted la colaboración debida. En lo personal, me saluda a su amigo el profeta, y le deseo a usted muy buena suerte...

Me estrechó la mano con su diestra que acababa de sacarse del bolsillo, al par que la siniestra la mandaba al lugar de la anterior en su lado correspondiente, o sea al bolsillo izquierdo. Luego se inclinó y me sonrió de medio lado, y al fin, me vi del otro lado de la puerta, pero con una extraña sensación de cansancio en el alma, que a la vez me reprochaba nuestra humana flaqueza, si bien tuve entonces el alivio, casi la alegría de poder levantar la cabeza y de respirar a pulmones llenos, con el regocijo del prisionero que ha abandonado la prisión. Pero este último sentimiento fué luego empañado (¿será, pues, verdad que es posible vivir aquí risueño?) al cerrarme el paso uno de los muchos que allí esperaban, para decirme con falsa modestia, mas rebotando amargura y despecho:

—Dichoso usted, señor, que pudo entrar apenas llegó, sin tener que hacer cola ni esperar turno; yo tengo ya mucho tiempo de estar esperando aquí, castigado por ser chapín.

A medida que hablaba se iba poniendo lívido y frunciendo el entrecejo, hasta verter rayos por los ojos y morderse los labios al concluir, y volviéndome por último las espaldas para ir a ocupar su lugar entre los "castigados", negándose a esperar respuesta ni otra cosa que no fuese el turno de entrar por la codiciada puerta.

Sentí mucha pena, desde luego, y más aún no poder decir la verdad a tantos que allí aguardaban y que ahora me miraban con callado enojo, por ser aquél un secreto que no me pertenecía. Debía, sin embargo, aceptar la parte de culpabilidad que ellos me atribuían, aunque fuese injusto, por no haber más camino, pero dándome cuenta que debía ocultar mis pensamientos de todos ellos. Por esto fué que, poniendo en práctica la lección aprendida ("adónde fueres haz lo que vieres"), me guardé la diestra en el bolsillo del pantalón, me erguí sobre mis largas piernas y, sin reír de medio lado porque no pude, abandoné sala, palacio y todo.

Una vez en la calle y cruzando el parque Central, caminé en línea recta hacia el oriente, hasta topar con un gran edificio de dos pisos que resultó ser el llamado Mercado Central, el cual ocupa toda la manzana. La planta

baja es para alojar en su periferia a una serie ininterrumpida de tiendas tan reducidas que sus puertas, para ahorrar espacio, se abren hacia afuera, propiedad todas ellas de ladinos, en las que se exhiben y venden tejidos y baratijas hechas por los indios —y no indios— de Guatemala —y fuera de Guatemala. Son éstas las tiendas que llaman de artículos típicos y que hacen la delicia de los turistas... y de los tenderos. Su interior —pasillos y patios— es totalmente ocupado por los “meros” indios de ambos sexos, en cuyas humildes canastas, redes y cacastes se dan a vender la inmensa variedad de productos de sus labrantíos propios o por encargo, y a quienes los ladinos compran mientras las puertas están abiertas, vale decir todo el día.

En el piso superior, en donde acabé por olvidar el pesar que traía, se lleva a cabo el comercio de flores y frutas, las que provienen de todas las latitudes del país, en su infinita variedad: desde las producidas en las tierras más bajas y calurosas de los litorales, hasta las cultivadas en las eternamente brumosas de las tierras altas, de manera que allí habían en tan variadas formas, colores y aromas y sabores que tenía que hacer grandes esfuerzos para evitarme el error de comer de unas y de otras indistintamente; sin embargo, para no rechazar la tentación del todo, me ponía a admirar las flores comiendo encendidos melocotones, y gozaba de las frutas aspirando el suave perfume de las orquídeas...

Caminé luego hacia el sur, yendo sobre la octava avenida; y pasando frente al nuevo y elegante edificio de la Federación de Trabajadores, llegué al Banco de Londres en donde deposité mis valores o cheques. Después seguí sobre la avenida séptima, y a nivel de la doce calle di con el lugar que buscaba, o sea el “Palacio de Comunicaciones Eléctricas”, como reza su rótulo, el cual es de construcción tan reciente que su último piso, que es el cuarto, se halla aún inconcluso.

Al no más entrar en él me encontré en un bonito patio en cuyo centro se alza una enorme fuente hasta acercarse al cielo por sus magníficos surtidores, asomando en torno y dentro de los espaciosos y acerados corredores que

circundan dicho patio, las distintas ventanillas de las respectivas oficinas ante las cuales vi cómo la gente se aglomeraba exactamente como si fuesen a recibir algo y no a pagar sus propios mensajes. Aquí sí tuve que hacer cola, teniendo la paciencia de esperar a que fuesen despachados una veintena de parroquianos que ya estaban allí cuando yo llegué. Pero al fin deposité la carta-radiograma que allí mismo redacté para el Ejecutivo de nuestra Compañía, al que informé con los pormenores del caso, sobre la demora que forzosamente habré de sufrir en la iniciación de mis deberes aquí, y pidiéndole que se ahorre la molestia de mandar en este momento a los demás ingenieros del personal, porque vendrían a nada.

Luego observé que en ese palacio sí había indios, y numerosos por cierto, que entraban y salían casi a la carrera dejando sus mensajes en las dichas ventanillas. Me les quedé mirando, no ya en forma contemplativa, sino con no poca contrariedad por ser ellos a quienes debía el retardo de mis labores y por consiguiente el retraso de la Nueva Era para el país. Después pensé que, estando en plena campaña electoral esos mensajes debían de referirse a fines políticos. Y me pregunté qué apariencia tendría su candidato: si tendría algún distintivo propio o si, por carecer de él, podrá ser confundido con los suyos. En este caso tendría gracia —pensaba—, ver un presidente descalzo y caminando en perpetua fuga.

Noté igualmente que todos ellos al salir seguían el mismo rumbo hacia el sur; y, sin pensarlo apenas, dejándome guiar por una vieja costumbre, empecé a caminar detrás, como a veces había hecho en Bagdad con ciertos musulmanes "excomulgados", seguro de dar al final con algún mercado de joyas o algún cabaret clandestino. Pero aquí ocurría que de las esquinas próximas se iban agregando más indios, llevando muchos de ellos sus habituales cargas a la espalda y dirigiéndose todos hacia la misma dirección, de manera que ya no iba en pos sino confundido entre ellos mismos. Al llegar a la calle 16 torcimos hacia el oriente hasta alcanzar la novena avenida, y por el portal de una casa que hacía esquina en ese punto y en cuyo

frontispicio se leía el nombre de: BIBLIOTECA INDIGENA, iban desapareciendo todos aquellos sin hacer ruido.

Se trataba de otro moderno edificio de dos plantas al cual entré también, y subiendo con mis inconscientes e improvisados cicerones las escaleras me vi ante las puertas de un vasto salón acondicionado para la acústica y ahora ya casi lleno de indios que dejaban en una pieza ad hoc sus pesadas cargas para ocupar luego su lugar de escuchas, que me hizo recordar la dejada de las sandalias por los islamitas a la puerta de sus mezquitas.

En el fondo del salón y levantado un metro del suelo yace un amplio entablado o tarima que se extiende de un lado al otro del mismo a modo de escenario en donde un indio, de pie al lado de una mesa, daba una conferencia. Detrás de él y sentados en semicírculo había una fila de otros ídem, humildes pero de respetable continente, con los sombreros sobre las piernas. En el extremo derecho había un pequeño aparato de televisión que estaba sin funcionar, y en el extremo izquierdo, un piano. Dando frente a tal escenario se encuentran las sillas, en cantidad de varios cientos, para el público.

Decía entonces el conferencista, en flúido español:

“...y cada uno de ustedes constituyen la sólida columna de nuestro futuro que estamos ahora labrando a golpes de mazo y oración. Hemos de ir todos unidos como hermanos que somos a dar el voto a nuestro hermano mayor de Chichicastenango, quien de paso lamenta no haber podido venir a nuestra reunión de hoy por haber tenido que asistir a la de Nahualá. Pero todas aquellas comunidades de oriente y occidente, del norte y del sur están representadas aquí por los hermanos que están conmigo. (Y señaló a aquellos que estaban sentados en el estrado), quienes traen a ustedes un saludo de sus representados, al tiempo que desean recoger de todos ustedes la firme decisión por un futuro mejor. Ya saben que todos nuestros votos deberemos dar a nuestro Reformador Miguel Xirúm Ij que ya ustedes conocen, y demostrar a los ladinos y al mundo todo, que ya no somos lo que hemos sido hasta hoy, ni queremos seguir diciéndonos: “El ladino quiere esto, el ladino seguro tiene razón”, porque ya despertamos de